

## La venganza de las botas de montar

(CUENTO DE HUMOR)

CONFIESSO que tardé en decidirme pero, al fin, las compré. Eran baratitas—vamos, lo que hoy llamamos baratitas—pero eran unas flamantes botas altas de becerro, engrasadas en su color natural.

Hubo en casa comentarios dispares:

Mi hijo mayor aseguraba que, aunque quizá le estuvieran un poco grandes, tal vez con unas plantillas...

Mi hija opinó que, cuando no tuviera que ponérmelas, podrían servir para meter los paraguas porque ella había visto en casa de una amiguita suya, la hija del panadero, esos señores tan ricos...

El pequeño no dijo nada pero hubo que quitárselas precipitadamente de las manos porque la madre había conseguido, por fin, tras *persuasivas* razones, convencerle de que los niños no deben hacer ciertas cosas en el suelo y...

Los argumentos de mi mujer fueron de otra naturaleza:

Puso una cara así, y comenzó a reprocharme... bueno, esas cosas que saben ustedes que dicen las señoras casadas cuando no tienen que pedirle dinero a su marido.

—Mujer, objeté, piensa en que tengo que andar mucho todos los días y en lo tremendas que se ponen las calles cuando llueve.

—¡Sabe Dios cuándo lloverá!

—No creas, todos los síntomas son de que vamos a tener un invierno muy crudo. Aguado, que tiene un callo infalible, me lo aseguraba ayer y yo llevo tres noches seguidas soñándome con toros lo que, como sabes, es un síntoma evidente de agua segura.

—Me parece que con lo que tú llevas soñando mucho tiempo es con estas botas del demonio.

La penetración de mi cónyuge me turbó. Es cierto que, ante la moda, el hombre suele reaccionar en sentido contrario que ante la mujer. Al principio uno comprende que son absurdas, ridículas y sin sentido (las modas) y a fuerza de soportarlas acaban por parecernos encantadoras, lógicas y muy en su lugar.

Tartamudeando pretendí defender lo provechoso de mi compra, pero mi mujer había percibido mi debilidad y se ensañaba conmigo sin dar paz a la lengua:

—Pero hombre, por Dios; mira que gastar el dinero en esto. Mira que comprar tú estas botas; ¿para qué quieres tú unas botas de montar, ni cuándo has montado tú, ni dónde tienes el caballo?...

Sentí un terrible sobresalto y cogiendo rápidamente las botas las metí en la caja de cartón en que habían venido de la Zapatería y, todo embarullado y descompuesto, las tapé y aún apoyé bien abiertas mis manos sobre la tapa.

—Por favor, mujer. Cómo se te ocurre decir eso. No comprendes

que han podido oírte y enterarse de que es cierto, que no tengo caballo.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? ¿Quién me va a oír, ni qué importa que me oigan, si todos saben perfectamente que no tienes caballo ni lo has tenido nunca?

Las botas mujer; pueden oírte las botas.

Mi costilla abrió desmesuradamente la boca. Sin duda iba a soltarme algún impropio pero lo irracional de mi temor la dejó sorprendida. Luego frunció el entrecejo, se acercó y, cogiéndome bruscamente por los hombros, exigió conminatoria: «¡Echame el aliento!»

—No mujer, no estoy borracho. Es que conozco lo que le pasó a mi amigo Caballero y temí que pudiera acontecerme lo mismo. Verás, yo te lo contaré todo. No pongas esa cara que no pretendo burlarme. Es la pura verdad. Te lo contaré, sí, te lo contaré, pero ahora no, ahora no. Verás, vamos a guardar las botas en el baúl y luego, cuando se hayan acostado los niños...

Yo debía tener una cara de idiota tan convincente que mi mujer comprendió que no la engañaba, pero lo insólito de mis recelos debían haberla llenado de curiosidad porque la sentí impaciente cuando acostaba a sus hijos y daba voces a la doméstica reprochándole su parsimonia.

Tuve que comer como en fonda de estación. Frente a mí sentía el estímulo de sus miradas que como agudo acicate me espoleaban con nerviosidad.

Alzados los manteles y retirada la sirvienta, comencé mi relato:

«Mi amigo Lucio Caballero es un joven elegante, atento a las novedades de la moda. Por eso se compró unas preciosas botas altas de color marrón oscuro, relucientes como un espejo.

«Todos los días al despertar preguntaba lleno de pueril esperanza: ¿Está nublado?»

«Pero fué aquel un otoño implacable durante el cual no cayó una gota de agua. Llegó el mes de Noviembre y las gentes seguían vistiendo de verano. Era imposible ponerse aquellas botas con un sol tan desesperadamente rutilante.

«Comenzó a preocuparse por la suerte de las cosechas. Leía los boletines meteorológicos y se compró un barómetro monísimo que colgó a la cabecera de la cama.

«En el café, en el paseo, en los descansos del cine comentaba apasionadamente con los amigos la contumacia de la sequía: ¡Esto es una locura!; ¡no sé a dónde vamos a parar!; ¡de seguir así algunos días más no podremos salvarnos de la ruina...!»

«Lo meditó bien y escribió un artículo en el periódico local abogando por la constitución de una sociedad fomentadora de las lluvias. Esta sociedad, que se denominaría la «HIDROFILA» comenzaría sus actividades benéficas organizando una procesión en rogativa del agua.

«Pero la feliz iniciativa no encontró ambiente en aquella abúlica población.

«Un día leyó la noticia de los intentos realizados en un país lejano para producir la lluvia artificial. Desde entonces fué no parar. Se puso en contacto epistolar con la embajada de aquel pueblo envidiable; visitó a las autoridades locales; movió influencias; pretendió abrir una suscripción. En fin, era preciso seguir el ejemplo de aquella gran nación, salir de nuestro secular atraso...

«Comenzó a beber agua en dosis considerables. Aquel hombre se arruinaba físicamente a ojos vistas.

«Mas como no hay mal ni bien que cien años dure, un buen día amaneció nublado. Mi amigo, poseído de un regocijo inusitado ya en él y con infantil impaciencia, sacó sus deseadas botas y unos luengos calcetines de lana que le habían recomendado como muy convenientes para calzarlas. Sin embargo, y por parecerle excesivo, prescindió de ellos por el momento. ¡Pero las botas...! Había que reconocer que resultaban elegantísimas, así, metidas bajo el pantalón.

«Se acicaló con detenimiento y se echó presto a la calle. Las botas resultaban un poco pesadas pero aquello obedecía sin duda a falta de costumbre. Ya se acomodaría a ellas con el tiempo.

«Como no tenía nada que hacer comenzó a dar paseos por las calles más concurridas. Llevaba el paso mesurado y arrastraba un poco los pies. Las botas constituían un lastre excesivo y por otra parte no se atrevía a flexionar con naturalidad el juego del empeine pues una o dos veces que lo intentó había experimentado una azorante sensación; algo así como si el pie se le escapara con peligro de dejar atrás la bota.

«Llevaba tres cuartos de hora paseando y nadie a su lado daba muestras de admiración por su elegancia.

«Decididamente, pensó, he debido subir el pantalón un poco más. Las botas están tan flamantes que parecen solo unos vulgares zapatos.

«No había acabado de hacerse tan atinada reflexión cuando un amigo se fijó al pasar y con socarronería, en la que entraba—no había duda—por mucho la envidia, le bromeó: ¡Caramba, chico! ¿Dónde has dejado el caballo?

«Tuvo para él una sonrisa de conejo pero le odió intensamente. Sintió de pronto una angustiada sensación de ridículo y un vehemente deseo de quitarse las botas, pero, dos muchachos que cruzaban junto a él, se pararon y comentaron admirativos:

— ¡Chachol! ¡fíjate qué botas! ¡igual que las de los de la manga riega.

— ¡Venga so idiota! ¡Dónde va a parar...!

«Le volvió la alegría de vivir y olvidando su pasado sonrojo gallo, más juncal y decidido que nunca, su figura.

«Pero el mal estaba hecho. A los pocos pasos una de las botas tuvo como un rechinamiento de dientes, leve pero inquietante, al que no tardó en responder la otra con idéntico lenguaje. Muy luego se entabló entre ambas un diálogo cuyos tonos, siempre increscendo, comenzaron a llamar la atención de los transeuntes.

«Aquello era muy desagradable y mi amigo, instintivamente, avió

vó el paso en busca de vías menos populosas. Pero fué peor el remedio que la enfermedad. El roce de las altas cañas comenzó a bajarle los calcetines. No es que fuera nada grave pero resultaba molesto. Además experimentó una extraña impresión de frío y recordó con angustia que solía constiparse por las piernas.

«A los diez minutos dió el primer estornudo. Comenzó a preocuparse seriamente y un deseo irresistible de subirse los calcetines le poseyó. Pero en medio de la calle era imposible. Se metió en un solitario portal y alzándose el pantalón pretendió introducir la mano entre la bota y la pierna; pero el espacio era muy reducido y los dedos no alcanzaban el calcetín. Forcejeó con perseverancia al principio y con impaciente frenesí después. Sintió que alguien entraba y quiso componer su figura. Tan precipitado anduvo que dejó dentro de la bota un solitario que llevaba en el dedo. Quiso salir rápidamente y se tropezó en el umbral con una respetable señora que volvía de la calle con unos paquetes de compras que rodaron al suelo por efectos del encontronazo. Atropelladamente pidió disculpas y pretendió cogerlos al vuelo, pero se embarulló más y propinó a la señora un tremendo pisotón. Colorado hasta la raíz del pelo y en una postura ridícula, los recogió apresuradamente y los entregó a su dueña que le miraba, trocado en compadecido asombro su primer impulso de enojo.

«Se enderezó, saludó malamente y echó por la calle abajo en busca de su casa. Pero ya era un pingajo. En quince metros tropezó tres veces y estornudó siete.

«Cuando llegó a su casa la bota izquierda le había dado un mordisco en el talón, el solitario se le había clavado en un callo y la nariz le destilaba intensamente.

«Todo abatido se sentó en la cama y quiso quitarse las botas. Sus primeros intentos resultaron infructuosos. Poseído de coraje atenazó la bota izquierda con ambas manos y comenzó a dar tiros en los que ponía todas sus fuerzas. De pronto, con un alarido de dolor, pataleó revolcándose en la cama presa de un agudo calambre. Acudió la madre solícita y alarmada.

«A las dos horas toda la familia maniobraba a su alrededor, con los más extraños instrumentos, intentando inútilmente una operación imposible.

«El paciente sudaba copiosamente y estornudaba sin cesar, en una agonía inacabable.

«Tras acalorada discusión se decidieron por un remedio heroico. Amarraron las botas a la cama y, taponándose los oídos con algodón, comenzaron a tirar todos a una de mi pobre amigo que daba gritos horribles. En la casa había ese mismo asustado ajeteo que cuando va a nacer un niño.

«Las botas quedaron atadas a los torcidos barrotes de la cama y como apuntando con sus bocas vacías al cuerpo exánime de mi desventurado amigo.

«Dos semanas en cama y tres meses de andar en zapatillas costaron a Lucio Caballero sus botas de montar.

«Un día que estuve a visitarlo, me confió su secreto:

«Estoy seguro, me dijo, de que he sido víctima de una venganza. Cuando las botas comprendieron que yo no tenía caballo y las condenaba a andar a pie eternamente, desataron contra mí su rencor y me hicieron objeto de su saña. Sí, no hay duda, ha sido una venganza; la venganza de mis botas altas.»

Cuando acabé el relato mi mujer estaba un poco preocupada y, con solicitud sin precedente, me pasó la mano por la cabeza y me ofreció una taza de tila. Te ayudará a dormir. Estás muy agitado y eso te hará bien. Enternecido, acepté y me la bebí a sorbitos.

Toda la noche la sentí intranquila y desvelada.

Por la mañana averigüé que había dormido con un poderoso garrrote al alcance de su mano.

JOSÉ CANAL

## ¡POBRE YORIK!

Aquél que logre ver mi calavera  
cuando el tiempo la bruña y pulimente,  
se ha de encontrar, ¡aún fija en mi frente!  
un ansia de Verdad, Pura y Primera.

(Una mariposilla—una quimera—  
con su vuelo sutil, lindo, impaciente,  
bordaría—tejido decadente—  
un tapiz con saudad de primavera.)

En la oquedad del cráneo, sonaría  
el amor, el dolor y la ironía  
como en las caracolas nacaradas.

Y a las órbitas, faros apagados,  
se asomaría dos lirios morados.

Y una humilde sonrisa a mis quijadas.

RAFAEL GONZALEZ CASTELL



ALBUM EXTREMEÑO: Cuacos. Santa Catalina, mártir  
de Alejandría (¿«La Roldana»?)